

Miguel Hernández: la forja de un aficionado taurino

José María Balcells

Universidad de León

Orihuela y los toros

CONSTITUYE UN LUGAR COMÚN consolidado entre los hernandistas la aseveración de que Miguel Hernández fue no solo un aficionado a la llamada fiesta brava, sino un grandísimo aficionado a ella. Al respecto, se suelen alegar como pruebas principales de dicho aserto la temática taurina que se halla en su poesía y en su obra teatral, y también sus aportaciones a la enciclopedia *Los toros* que dirigió admirablemente José María de Cossío. Admitiendo la certeza incuestionable de esos tozudos argumentos, me permitiré añadir que en la bibliografía del poeta se echa en falta un trabajo sistemático de acopio de datos que den más fundamento a la afición del oriolano por la tauromaquia, fundamentando asimismo su presencia en su literatura. Sin pretender llenar este vacío, sí vamos a reunir en estas páginas unos cuantos materiales y consideraciones que pudieran hacer al caso.

Y la primera de ellas estriba en preguntarnos si Orihuela como tal propiciaba de algún modo, en el primer tercio del siglo XX, la existencia de aficionados taurinos. No vamos a suscitar siquiera la sospecha de alguna clase de determinismo del medio sobre el hombre, y mucho menos sobre un escritor, sino que únicamente nos planteamos si la ciudad podía ofrecer alguna motivación hacia la tauromaquia. A

vueltas de ese interrogante, indicaré que hojeando determinados libros acerca de la historia e idiosincrasia oriolanas y las obras con contenidos biográficos de Miguel Hernández, habría que concluir que la fiesta de los toros nada absolutamente tiene que ver con Orihuela, puesto que no se refieren a ella en momento alguno, o solo la nombran. Pero ese silencio no supone que los espectáculos con toros, y en concreto las corridas, un circo para celebrarlas, y un público que acudiera a ellas, no existiesen en la ciudad, sino que significa que han orillado esta cuestión, tal vez porque no fueron sensibles a ella, y no resulta de recibo que se la excluya a la hora de configurar las tradiciones oriolanas y su

Miguel Hernández ante una vaquilla en el frente jiennense, marzo de 1937 (Foto Sánchez, Archivo Municipal de Alicante)





pervivencia en el contexto en que nació y creció el poeta.

Y ciertamente no puede ni debe orillarse, y muchísimo menos excluirse, la vertiente taurina de Orihuela, que se remonta al último tercio del XIV, y que no se interrumpió nunca a lo largo de los siglos, ni siquiera con ocasión del *motu proprio* del papa San Pío V amonestando y amenazando contra la celebración de corridas de toros, con la pena de excomunión, una pena que hay que suponer muy grave en un contexto tan eclesiástico como el orcelitano, pero que no arredró a la población a seguir celebrándolas. En su virtud, a quienes echaron en saco roto el aval histórico oriolano en materia taurina, les hubiese venido bien la lectura de las afirmaciones que reproducimos (Ruiz Cases, 1994: s.p.):

Pocos vestigios socioculturales locales pueden hoy igualmente invocar rigurosamente una ascendencia tan ininterrumpida y directa con sus orígenes como el fenómeno taurino, presente hasta nuestros días en limpia sucesión genealógica de épocas, costumbres y sangre oriolana.

De acuerdo con esta cita, habrá que concluir sin resquicio de duda que Hernández nació en una ciudad de prosapia taurina donde las haya, y en cuya plaza, a mayor abundamiento, a fines del siglo XVIII habían toreado nada más y nada menos que dos de los toreros más importantes de la historia del toreo, el rondeño Pedro

Romero, que lo hizo en 1797, y su gran rival, el sevillano José Delgado, *Pepe-Hillo*, que lo haría en 1799¹. Fieles a tan extraordinarios precedentes, los taurófilos oriolanos pudieron seguir asistiendo al espectáculo en el XIX, y hasta sentirse perjudicados a causa de los altibajos y avatares de varia índole que en dicha centuria se repitieron con su plaza de toros.

Y es que, inaugurado el nuevo coso de San Agustín en 1845 por José Redondo, *El Chiclanero*, a la sazón el no va más del toreo, en él se irían lidiando reses hasta 1884, en que se dio allí la última corrida, en la que toreó José Sánchez del Campo, *Cara-Ancha*. La reanudación de los festejos tuvo lugar en 1891, cuando abre sus puertas el recinto de madera que estrenaron los diestros sevillanos Francisco González, *Faico*, y Enrique Vargas, *Minuto*. Este circo iba a cerrarse en 1903. De 1907 data la puesta en marcha del ruedo que sustituyó al anterior, apareciendo también por entonces la publicación local titulada *El Oriol Taurino*, lo que consignamos para dejar constancia de que los festejos taurinos se programaban habitualmente cuando Miguel Hernández fue niño, adolescente y adulto.

En el año recién citado, en concreto el día 31 de agosto, y en el marco de las ferias y fiestas locales, tuvo lugar la corrida de inauguración del nuevo edificio taurómaco, matando las seis reses de Arribas los espadas *Minuto*, José Moreno, *Lagartijillo Chico*, y Manuel Mejías Bienvenida. Luego, el día siguiente, primero de septiembre, y para estoquear una corrida de la Marquesa de los Castellones, repitieron *Lagartijillo Chico* y Bienvenida, encabezando la terna el veterano espada cordobés Antonio de Dios, *Conejito*.

Desde luego que los días 31 de agosto y 1 de septiembre no eran los acostumbrados en la ciudad para llevar a cabo los festejos taurinos principales del ciclo estival, pues se celebraban anualmente a mediados de agosto, programándose al menos uno de los carteles para el 15 de

Plaza de Toros
de Orihuela a
comienzos del siglo
XX



dicho mes, pero la casualidad había dispuesto que este albero arrancase el último día de agosto, como había acaecido al inaugurarse el de 1845.

En cualquier supuesto, las fechas referidas constituían una excepción en el calendario taurino oriolano, excepción debida, en 1907, a la demora en el acabado del edificio de la nueva Plaza de Toros, una plaza que solía programar festejos incluso en invierno, como lo prueba el tradicional navideño del 25 de diciembre. En el nuevo coso oriolano se irían sucediendo temporadas taurinas con atractivos carteles, y ya desde 1908, en el que dos *Bombitas*, Ricardo y Manuel, se enfrentaron en julio en mano a mano, programándose para agosto otro duelo, esta vez a cargo de *Minuto* y Vicente Pastor. La fórmula, por el aliciente competitivo que comportaba, debía ser rentable en taquilla, pues en agosto de 1910 harán el paseíllo, dos tardes seguidas, las del 14 y 15 de agosto, *Lagartijillo* y el mejicano Rodolfo Gaona. Otros hitos anteriores al estallido de la Guerra Civil fueron la despedida como novillero de Juan Belmonte, el 10 de octubre de 1913; el triunfo de Julián Sainz Martínez, *Saleri II*, como único espada en la corrida de Navidad de 1915, el año del despegue taurino del diestro de Guadalajara; la reaparición de Belmonte en 1928; y el mano a mano entre los hermanos Bienvenida, Manolo y Pepe, en 1935.

Pero no quisiera dejar de referirme, al término de este epígrafe, al hecho de que en la plaza de toros orcelitana se dieron otros numerosos festejos, distintos de los mayores, durante la segunda y la tercera décadas del siglo XX. Me refiero a los benéficos en los que participaban, lidiando novillos, diversos toreros de renombre, y me refiero igualmente a las nada ocasionales becerradas que daban la oportunidad de jugar al toro a los más decididos aficionados jóvenes de Orihuela.

Todo lo cual avala con creces la faceta taurina oriolana, dejada de lado inexplicablemente en tantos libros, pero guardada



José Moreno,
Lagartijillo Chico

en la inapreciable memoria histórica de quien sería esposa de Miguel Hernández, Josefina Manresa, la cual evocaba los taurinos años treinta de Orihuela con palabras en las que se capta la importancia social que tuvo la fiesta en la ciudad, así como su singular pintoresquismo (Manresa, 1980: 11):

Desde los quince años a los veinte iba algunos domingos a los toros. La empresa regalaba un par de entradas a cada guardia, y como las corridas de toros eran la diversión más importante en Orihuela, y además para mí gratis, pues allí iba yo sin entender de toros (ni los entiendo). La animación de la gente, la música y los pasacalles de los toreros, me animaban un poco, y cuando mataban al toro, o este destripaba al caballo, no me daba cuenta. [...] Los que no podían ir a los toros iban paseándose a ver a la gente que salía de la corrida. Al último toro, dejaban entrar a la gente que se amotinaba a la puerta de la plaza. Cuando salíamos de ver el espectáculo, ya estaban los carniceros con sus mesas en la puerta, descuartizando a los burlados. Y la gente compraba carne más barata que la otra de la carnicería.



El ascendiente paterno

Atestiguada, por consiguiente, la tradición taurómaca de la Oleza de Gabriel Miró, y atestiguada igualmente la continuidad de la misma hasta el contexto societario en el que vino al mundo Miguel Hernández, uno podría preguntarse ahora acerca de si en su hogar infantil, tan influyente en el futuro personal de cualquiera, se dejó sentir la presencia directa o indirecta de lo taurino. Desconozco datos que justifiquen una respuesta positiva, como no sea el de que, y no es baladí, según una fuente biográfica, el padre del futuro autor de *El rayo que no cesa* «contrataba los caballos que hacían falta en una corrida de toros, siendo de su cuenta los que morían en la plaza. Como entonces eran frecuentes las corridas, pronto se arruinó. Quizá por este antecedente o por su color atezado y su fisonomía agitanada, las gentes le atribuían ascendencia gitana. Más tarde, el poeta llamaría a su madre y a su hermana Elvira *las gitanas oscuras y queridas*» (Ifach, 1975: 12).

No se me alcanza la veracidad del contenido de esta cita en lo que concierne al aserto de que el progenitor del poeta había

sido el encargado de abastecer de caballería a los gestores de la plaza de toros y con destino a las corridas, un aserto que parecen ignorar los biógrafos hernandianos, sea porque desestimasen el dato, sea porque les pasara inadvertido. Sin embargo, entiendo que resulta más que verosímil, habida cuenta de que nos estamos refiriendo a una persona que fue tratante de ganado, de ganado en general, y que, cuando su hijo era pequeño, era cabrero, procediendo sus ingresos de la recría de cabras y ovejas. Es más: el dato lo corroboraría una afirmación en el mismo sentido realizada por otro biógrafo hernandiano, el cual, aludiendo al padre del autor de *El rayo que no cesa*, asegura que los Hernández «eran proveedores de los caballos de los picadores», cita en la que la expresión «los Hernández» se referiría a la familia del padre del poeta, y en concreto a un hermano suyo, pero tampoco cabe excluir a la de la madre, Concepción Gilbert, porque era «hija de un tratante de caballos y mulas» (Zardoya, 1955: 8).

Que este menester lo había hecho, o que lo seguía haciendo a partir de 1910, en que nace Miguel Hernández, resulta mucho más problemático exponerse a asegurarlo. Con todo, el que fuese principalmente cabrero tampoco excluiría que, como actividad ocasional y complementaria, pudiese surtir de equinos a los piqueros. El negocio, en cualquier caso, acabaría dejándolo porque no era un buen negocio, sino muy malo, habida cuenta de que en el acuerdo con la empresa corrían de parte del proveedor las pérdidas derivadas de la muerte de los montados, a los que en la mayor parte de ocasiones las astas de los toros destripaban. Y la contabilidad negativa del supuesto negocio caía en barrena, claro está, cuantos más festejos se anunciaban, y hubo periodos en los que se programaron muchos desde fines de la primavera hasta principios del otoño.

Si se acepta el hecho de que el cabeza de familia de los Hernández estuvo al

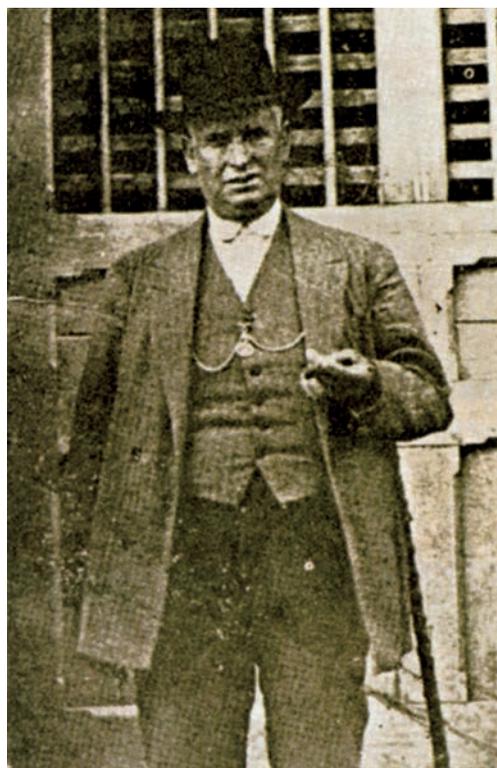


Miguel Hernández con sus padres y su hermana Elvira (Fundación Cultural Miguel Hernández)

cargo del aprovisionamiento de los caballos para los festejos taurinos, habría que preguntarse si este menester lo realizaba en tiempos en los que, por edad, su hijo pudiese contagiarse con la afición a los toros, o si a la sazón ya no lo ejercía. En el supuesto de que no se ocupase por entonces de dicha tarea, habría que admitir, al menos, su vinculación con el planeta de los toros, y dentro de él con una suerte tan básica de la lidia como lo era, y es, la de varas, a vueltas de la cual pudo haber tenido trato y aun amistad con diversos varilargueros, máxime siendo oriolanos algunos de ellos, pues la ciudad proporcionó, y seguiría proporcionando a la fiesta, una nutrida nómina de picadores, lo que pudo hacer que ese trance de la corrida tal vez fuese menos impopular ahí, y causase más expectación, que en otras localidades.

Si en cambio se mantiene la hipótesis de que don Miguel Hernández Sánchez aún surtía de caballos a la plaza cuando su hijo era niño, aun sin pruebas explícitas y con el solo argumento de la lógica, podría uno aventurarse a deducir que el poeta pudo tener acceso franco a las corridas de toros en gracia a que su padre prestaba servicios indispensables para la celebración del espectáculo. Y tirando del hilo del argumento, me parece que cabe agregar que la afición taurina le pudo venir, como tantas veces sucede, por vía paterna, puesto que su progenitor era muy aficionado a la fiesta brava y encima se ocupaba, o se había ocupado, de los cuadrúpedos con destino a la suerte de varas. Y ahora un interrogante que, a la luz de cuanto se ha expuesto, se diría que es una pregunta retórica: ¿puede negarse que Hernández pudo ver en sus años jóvenes corridas y novilladas de la mano de su padre, tanto si este suministraba, como si no, las cabalgaduras de las funciones taurinas?

Para mí, al menos, resulta muy verosímil que lo hiciese, y además opino que es muy decisivo retener este dato, porque sería clave para una cabal explicación de por



Miguel Hernández,
padre del poeta

qué el poeta dio tanto relieve en su obra literaria al universo taurino y táurico: su padre habría sido quien le inculcó, queriéndolo o sin quererlo, su afición a los toros llevándolo a verlos de vez en vez en las tardes orcelitanas de las corridas, y desde niño, y acaso en fechas muy señaladas. Y si su progenitor dejó un día el negocio porque era un mal negocio para él, la llama de la afición ya habría prendido en Miguel Hernández, con independencia de que, después, y por causas diversas, ya no fuese asiduo a los festejos o, en el supuesto más extremo, ya no asistiese casi nunca.

En corolario, de capital importancia sería el dato de que pudo ver y vio corridas de toros, aún adolescente, sin necesidad de moverse de su Orihuela nativa, lo que a uno se le antoja probable tanto si el padre tuvo que pasar por taquilla como si no. Esta consideración bastaría para mostrarse muy reticentes ante la hipótesis de que el poeta pudiese no haber acudido a festejos taurinos en su patria chica, hipótesis formulada en unas líneas en las que se pone en duda que «tuviera muchas



Carlos Fenoll en
1947.
Foto de Antonio
García-Molina
Martínez
(Fundación Cultural
Miguel Hernández)

ocasiones de presenciar corridas. Primero, porque su vida fue más bien breve y, segundo, porque en los años en que podía haber asistido a este espectáculo le faltó el tiempo y el dinero necesarios para hacerlo. / Cuando residía en Orihuela en sus años de muchacho, las corridas debían ser para él algo remoto y hasta imposible, dadas las estrecheces que su familia se veía obligada a capear» (Corbalán, 1970: 1-2).

En fin, que la cita no se ajustaría a la realidad si la enfocamos a la luz de lo que venimos argumentando: en Orihuela se programaban bastantes festejos cada año, y la fiesta no era, en el hogar de los Hernández, algo remoto, sino muy próximo, y aun por momentos cotidiano, además de que, en la mejor de las hipótesis, acaso tampoco debía costarle al padre un céntimo que el futuro poeta le acompañase al circo taurino. De ahí, de ese tiempo en que irían juntos los dos a la plaza de toros oriolana arrancarían no solo la afición de Miguel Hernández al toro y a su mundo, sino que también se derivaría de ahí su reflejo en su obra literaria. Más allá de

las discrepancias que pudiese mantener en su juventud con su progenitor, y que se cuentan, a veces exageradamente, en algunas biografías, todo apunta a que en la temática taurina y taurica de la escritura hernandiana algo tuvo que ver, y aun más que algo, el padre del escritor.

Camaradería taurina

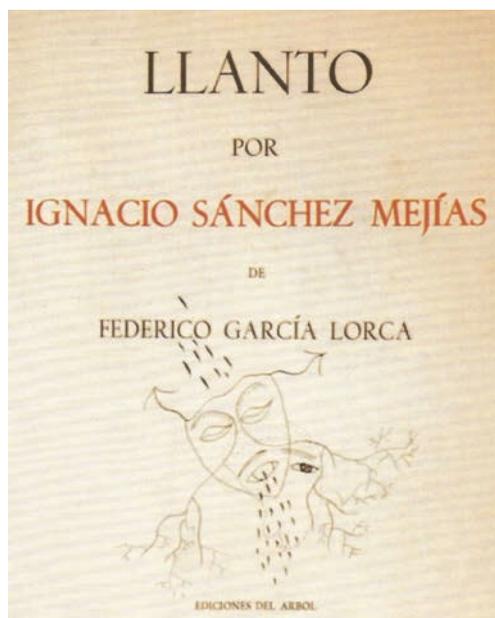
Si el ámbito familiar fue propicio para que la afición a los toros naciese, acaso la alimentase también alguna que otra motivación añadida y al calor de diversos contextos oriolanos. Podría aducir, por ejemplo, el círculo de sus amigos más próximos, los que se reunieron, a partir de 1932, en la tertulia del horno de los Fenoll, y en la que participaban José Marín Gutiérrez, que solía firmar como Ramón Sijé, Miguel Hernández y el anfitrión en la tahona, Carlos Fenoll, al que, gracias en parte a que vivían en la misma calle de Arriba, el poeta trataba desde al menos 1926. Es obvio que, en sus reuniones, los contertulios hablarían principalmente de asuntos literarios, aunque no se limitarían a ellos, como cabe sospechar.

Ahora bien: importa que señalemos, como gran probabilidad, que los reunidos hablasen de toros. No siempre, claro está, pero sí de vez en cuando, bien sea porque algún acontecimiento del orbe taurino pusiera el tema sobre la mesa, bien porque lo trajese a colación Miguel Hernández, con la mecha taurina inextinguida desde que se la prendiese su padre, bien porque Carlos Fenoll lo forzase cada dos por tres, dado que era un aficionado acérrimo a la fiesta brava, una fiesta que no consta que Sijé detestara ni que estuviese en su contra, no habiendo pruebas en ese sentido, las cuales dudo que puedan allegarse relativas a quien se entusiasmaba con la lectura de uno de los máximos y más originales filósofos taurinos que han existido en España, José Bergamín, además de

saber manejarse con sobrada competencia en terminología taurina. Lo acreditan páginas de su revista *El Gallo Crisis* como las dedicadas, en el número 1, al comentario del libro de José María Pemán *Señorita del mar*, donde juega con ligámenes conceptuales entre jesuitismo y torería. Del poeta gaditano dice que «su poesía es poesía de ‘toreros y jesuitas’. Creo que debería únicamente ser: *negra poesía jesuita*, que es la sola poesía verdadera: negra, de apurarse poéticamente; de salvarse por la *fe con obras* del poema. El torero ensotinado, fantasma y jesuita: esa puede ser la perfecta e ideal realización poética de Pemán. ¡Qué de quites daría el jesuita con la negra capa de su sotana: de su poesía!...» (Muñoz Garrigós, 1987: 612).

Y en el número 2 de la publicación, la cogida y muerte de Ignacio Sánchez Mejías le merecerá el apunte «La salvación del alma por el arte de torear», en el que de nuevo vincula catolicismo y tauromaquia, el cual le interesó a José Marín Gutiérrez lo suficiente como para justificar la dedicatoria puesta por Miguel Hernández en el margen izquierdo de uno de los manuscritos de «Elegía media del toro», en el que, si no hay error, porque se lee muy mal, se dice: «A Pepico, un torerillo con pies de ángel para vadear aguas y desembocar en los furgones de cola, en busca de campos de cuernos...» (en Zardoya, 1955: 56).

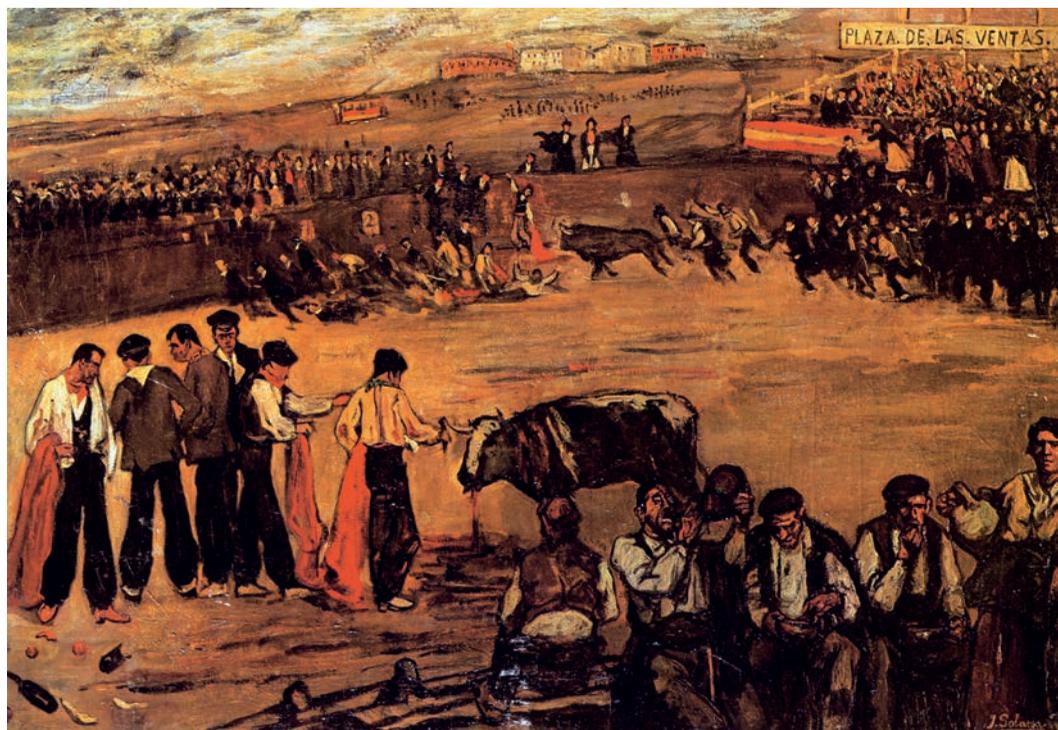
En la tertulia de la panadería se pudo hablar de toros a instancia de cualquiera de los congregados, pero también aquí nos valdremos de la lógica para decir que si en un grupo hay alguien especialmente motivado hacia una cuestión, es muy presumible que sea él quien tienda a sacarla a relucir, viniendo a cuento o incluso no, y solo porque a él le satisface hablar y que se hable de ello. En la tahona pudo suceder eso más de una vez, máxime teniendo en cuenta que Carlos Fenoll fue tan taurófilo que hasta había querido medirse con diversos morlacos, sin muleta, a chaqueta



limpia, en pleno ruedo de Orihuela y en diferentes oportunidades, un osadísimo reto para el que se deben tener, junto a una afición desmedida y hasta algún ensueño de acuciante torería profesional, no pocos arrestos y demasiadas temeridades (repárese en que para sortear al toro usaba una frágil prenda de vestir).

Estamos aludiendo a sucedidos como el de que aquel muchacho, que pudo soñar con vestirse de luces, llegó «un día a tirarse en plena corrida como aficionado, por lo que fue metido en el retén, pasando allí alguna noche, siendo liberado por su padre, previo pago de una multa» (Martínez Marín, 1995: 16). ¿Un día? Más de uno y puede que más de dos entre 1926 y 1927, a no ser que el contenido de la siguiente cita, refiriéndose a él, sea incierto:

Cuando apenas tendría catorce o quince años, quiso ser torero, y acudía a las corridas de toros que se daban por las Ferias de Orihuela (y que por aquel entonces se desarrollaban estas con toros y toreros de mucho postín), y no faltaba un espontáneo; este era Carlos, que se arrojaba a aquel ruedo chaqueta en mano... y acababa siendo detenido por las autoridades, como era lógico, y pagando su padre la



Plaza de las Ventas,
de José Gutiérrez
Solana
(Museo
Español de Arte
Contemporáneo,
Madrid)

multa que le aplicaban para ser puesto en libertad (Poveda, 1975: 69-70).

Una de las ocasiones en las que se ha indicado que se arrojó al ruedo de Orihuela como espontáneo podría haber tenido lugar durante la feria agosteña de 1931, el año de la proclamación de la República. Dice una fuente que «[s]altó de nuevo al ruedo con su chaquetilla, dando unos cuantos pases y, de nuevo, fue conducido al retén municipal por la fuerza pública» (Gelardo, 2007-2008: 13-14).

A pies juntillas no suscribiría íntegramente el contenido de ambas citas, porque hay un elemento que no me cuadra en ellas, el de la chaqueta. A buen seguro le tentó a Carlos Fenoll la idea de ser torero. Seguro también que se tiraría como espontáneo varias veces, y que lo llevaron al cuartelillo otras tantas. Hasta ahí estoy dispuesto a llegar, porque lo de que se arrojaba al albero en el transcurso de una novillada con picadores o de una corrida de toros ya parece más inasumible si su único engaño era dicha prenda de vestir, cuando ya resultaba bien cuesta

arriba, para los profesionales, torear con la provisión técnica de capotes y muletas. Y conste que no estoy negando que echase mano de su chaqueta como espontáneo, sino que no se me alcanza que lo hiciese en un festejo mayor de la feria, y menos habitualmente.

Si se me hubiera dicho que saltó del tendido a la arena en espectáculos menores, no pondría la más mínima objeción, porque apuesto que eso fue lo que hizo, tirarse al ruedo en festivales, en becerradas, en sueltas de vaquillas, en capeas. Y es que para demostrar la taurofilia fenolliana no hace falta urdir cándidamente hazañas taurinas inverosímiles por hiperbólicas. Por eso me parece de recibo el párrafo que copiaré a continuación, y que avala la militancia taurina del panadero (Ruiz Cases, 1995: s.p.):

Varios son los testimonios alusivos a la afición taurina de Carlos Fenoll. Yo los he recogido de contemporáneos suyos, algunos aún vivos o recientemente fallecidos. El picador Rafael Tafalla, Remache, recuerda las idas a Callosa a 'tirarnos a

la vaca. Carlos, el Delfín, era el primero en lanzarse. A mí me dejaba montar el borrico moruno, sabiendo de mi afición a picar'. El banderillero Manuel Vicente, Pepiso, me comentaba lances en la vaca de Benferri, y aún hoy, entre otros, el empresario Manuel Valle me da fe de las capeas en las que con otros amigos participan los dos donde se anunciaban fiestas patronales.

A tenor de lo cual, y volviendo al asunto de la tertulia en la tahona, no hará falta ser un lince para apostar que, entre los miembros de la misma, había uno, José Marín Gutiérrez, cuya afición a los toros pudo ser discreta, pero la tendría, y otros dos que acaso vivieron más o menos consumidos, desde hacía algunos años, por el gusanillo

taurino, aunque ahora querían ser poetas. Esta pareja fue la formada por Carlos Fenoll y Miguel Hernández. Recién dijimos que el panadero hasta se tiró al ruedo, mejor dicho a los ruedos, repetidamente, prueba palpable de haber asumido una decisión que es de suponer no tomaría de repente, en un arrebato, sino que estuvo planificada. Pero en la época de la tertulia ya habría amortiguado considerablemente, si no dejado atrás de modo definitivo, el afán de ser torero, sustituyendo aquella ansia por otras, entre ellas la ilusión de ser poeta. Aun así, probablemente no dejó de arrimar el ascua a su sardina taurómaca en ese cónclave en el que era el anfitrión y en el que tenía un cómplice taurino que también quería ser poeta, y lo iba a ser, y muy grande.

Notas

1. La mayoría de los datos sobre el mundo de la tauromaquia orcelitana se han tomado de diferentes fascículos de la serie *Los toros y Orihue-*

la, trabajo debido a José Ruiz Cases, «Sesca», y con referencia en la bibliografía final.

Bibliografía

- CORBALÁN, Pablo, «Los toros de Miguel Hernández», *Informaciones*, supl. «Informaciones de las Artes y las Letras», 14 de mayo de 1970.
- GELARDO, José, «Miguel Hernández y el flamenco», *Ágora*, 13 (otoño, 2007-invierno, 2008).
- IFACH, María de Gracia, *Miguel Hernández, rayo que no cesa*, Barcelona, Plaza y Janés, 1975.
- MANRESA, Josefina, *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1980.
- MARTÍNEZ MARÍN, Francisco, «Carlos el poeta con nombre de tango», *La Lucerna*, 41 (1995).
- MUÑOZ GARRIGÓS, José, *Vida y obra de Ramón Sijé*, Murcia, Universidad de Murcia / Caja Rural Central de Orihuela, 1987.
- POVEDA, Jesús, *Vida, pasión y muerte del poeta Miguel Hernández (Memoria-testimonio)*, México, Oasis, 1975.
- RUIZ CASES, José («Sesca»), *Los toros y Orihuela*, fascículo 5, Orihuela, Club Taurino de Orihuela, 1994.
- *Los toros y Orihuela*, fascículo 10, Orihuela, Club Taurino de Orihuela, 1995.
- ZARDOYA, Concha, *Miguel Hernández (1910-1942). Vida y obra. Bibliografía. Antología*, New York, Hispanic Institute in the United States, 1955.

